

CADALSO Y VÁZQUEZ, JOSÉ (1741-1782)

OCIOS DE MI JUVENTUD

ÍNDICE

Prólogo

El poeta habla con su obra, remitiéndola a un amigo suyo que reside en Madrid
Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse a la poesía y la calidad de los asuntos
que tratará en sus versos

Letrilla sincera

Al mismo asunto en metro diferente, declarando su amor a Filis

Fruto que deseo sacar de mis poesías

Sobre ser la poesía un estudio frívolo y convenirme aplicarme a otros más serios

Sonetos de una gravedad inaguantable, excepto los finales de cada uno

A la fortuna

Al pintor que me ha de retratar

A la peligrosa enfermedad de Filis

A un héroe, advirtiéndole que aprecie a los poetas, porque ellos transmiten a la posteridad
las hazañas de los hombres grandes

Anacreóntica

Pasatiempos

Anacreóntica

Anacreóntica

Anacreóntica

Carta de Florinda a su padre el conde D. Julián después de su desgracia

El poder del oro en el mundo. Diálogo entre Cupido y el poeta

Sencillas ponderaciones de un pastor a su pastora

A los días del Excmo. Señor Conde de Ricla

Anacreóntica

A las bodas de Lesbia

Anacreóntica

Cuento

Letrillas satíricas imitando el estilo de Góngora y Quevedo

Traducción de Horacio

Desdenes de Filis

Glosa

Injuria el poeta al amor

A la fortuna

Al espejo de Filis

Epitafios para poner sobre las sepulturas de varios amantes

Felicio, nuevo amante de Filis

Versos para varias estampas que representan los principales amores de la fábula.
Sobre los varios méritos de las mujeres
Traducción de Catulo
De los amores de varios poetas
Retráctase el poeta de las injurias que dijo al amor en el mismo metro
Anacreóntica
Anacreóntica
Anacreóntica
Anacreóntica
Anacreóntica
Traducción de Horacio
Carta escrita desde una aldea de Aragón a Ortelio, que había adivinado la melancolía del poeta
Mudanzas de la suerte
Sobre no querer escribir sátiras
Letrilla
Canción de un patriota retirado a su aldea
Anacreóntica
Anacreóntica
Renunciando al amor y a la poesía lírica con motivo de la muerte de Filis
A la muerte de Filis
Anacreóntica
A la primavera, después de la muerte de Filis
Lamentos con motivo de la muerte de Filis

PRÓLOGO

Movido de un justo agradecimiento por la favorable aceptación con que el público honró la crítica de los falsos sabios que hice con nombre de los Eruditos a la violeta, compuse y le ofrecí el Suplemento. Y no siendo menor el favor con que le recibió, debe también ser mi gratitud en este caso igual a la que le manifesté en el otro. Pero como la crítica es materia tan delicada que, o suele degenerar en sátira, cosa opuesta a mi modo de pensar, o suele ser una fría repetición de lo ya dicho, cosa igualmente desagradable a los leyentes, he creído más acertado el publicar algunos manuscritos míos sobre varios ramos de literatura, empezando por la poesía.

Estos primeros cuadernillos son por la mayor parte del género menos útil de la poesía, pero del más agradable. Los intitulo Ocios de mi juventud, quedándome algún escrúpulo de que su verdadero título debiera ser Alivio de mis penas, porque los hice todos en ocasión de acometerme alguna pesadumbre, tal vez efecto de mis muchas desgracias, tal vez efecto de mis pocos años, y tal vez de la combinación de ambas causas.

En las materias amorosas he procurado escribir con la modestia de los Argensolas y Garcilaso, y no con la libertad de algunos otros poetas que se hallan impresos y reimpresos.

En el único asunto heroico que he tratado, puedo asegurar que la adulación no me ha dictado un verso; no ha seguido mi pluma otra voz que la de mi corazón.

En los versos en que se toca por incidencia la gloria de mi nación, he procurado hablar con todo el celo que profeso a mi patria y con toda la justicia que le hace la Historia; mayores ingenios lo ejecuten con toda la pompa que ella se merece. Los españoles lo agradecerán, los extranjeros lo aplaudirán; pues el espíritu de patriotismo que reina hoy en todos los países de la Europa hace que los hombres juiciosos de cada uno estimen a los que se declaran patriotas respectivamente en los suyos. Cuanto dijo Virgilio en alabanza de la gente romana, ponderando lo arduo que fue formar aquella nación gloriosa, atribuyéndola el derecho de destruir a cuantas se resistiesen a su poder, y de perdonar a cuantas implorasen su gracia, y profetizando una duración sin límite, ha sido justamente repetido en cada nación con más o menos verdad, pero con igual razón política, cual es el estímulo de los vivientes con los nombres de los muertos.

No creo que merezca menos mi patria, ni lo creará su mayor enemigo, si lee nuestros anales, no sólo en la parte impresa por los españoles sino en la que dejaron escrita los romanos.

Hasta aquí por lo tocante a mis poesías en particular. De la poesía en general sería muy inútil referir su dignidad y mérito. Si en este siglo la han hecho menos apreciable algunos que han usurpado el título de poetas, sin tener la menor calidad para merecer este timbre, queda muy desagraciada la facultad con retroceder en la Historia y ver la consideración que obtuvieron en la corte y en la nación los que manejaron la lira con la misma mano y en el mismo tiempo que los negocios mayores de la religión, estado y guerra. Los nombres de Rebolledo, Ercilla, Hurtado de Mendoza, León y otros hacen ver lo compatible que es esta diversión con las ocupaciones mayores.

El erudito patriota que hace a la nación el servicio de publicar los extractos de nuestros poetas antiguos, nos da una noticia muy exacta del nacimiento y fortuna de los príncipes de nuestro Parnaso; y su lectura nos muestra evidentemente que los poetas verdaderos, aun en nuestros siglos más gloriosos, no tuvieron menos nombre en la república civil que en la literaria.

El poeta habla con su obra, remitiéndola a un amigo suyo que reside en Madrid

Id, versos dichosos,
id, consuelos míos,
a la excelsa Corte

del rey más benigno.
Desde esta cabaña
de techo pajizo,
que fue vuestra cuna
y mi dulce asilo,
llegad hasta donde
el humilde río
los cimientos baña
del palacio altivo.
Mas no la inocencia
de ser hijos míos,
en llanto engendrados
y en pena nacidos,
os lleve engañados,
con afán continuo,
buscando un Mecenas
entre los validos.
¡Qué mal entre adornos
de dorados libros
parecen las hojas
del libro sencillo
en que mi tristeza
gravó mis suspiros!
Tampoco a los sabios
lleguéis atrevidos,
pidiendo que os pongan
al lado de Ovidio,
Boscán, Garcilaso,
Marcial y Virgilio,
Argensola, Lope
y Homero divino.
No entréis tan endeble
en tanto peligro,
que corren gran riesgo
en un golfo mismo
las barcas pequeñas
entre los navíos
que llevan de Cádiz
a los mares indios
las armas de Carlos,
su fe y su dominio.
Si acaso llegáis,
(¡oh cuánto os lo envidio!)
llegad preguntando
por un buen amigo,
de prendas completo

y libre de vicios,
con dulzura sabio,
sin arte, benigno.
Por estas señales
a Ortelio os dirijo.
Ya esté con su padre,
de quien es alivio;
ya esté, como suele,
allá en su retiro,
contando en los astros
las fuerzas y giros;
o ya del teatro
en el noble circo,
aplaudiendo gracias
o tachando vicios;
o ya con su Lisis
(que también le he visto
pagar el tributo
de gozo y suspiro
al sexo amoroso,
con afecto fino),
llegad a su pecho,
archivo del mío,
y decidle: «¡Ortelio!,
con paz recibidnos;
venimos de parte
del triste Dalmiro».

*Refiere el autor los motivos que tuvo para aplicarse a la poesía y la calidad de los
asuntos que tratará en sus versos*

Caro lector, cualquiera que tú seas
el que mis Ocios juveniles veas,
no pienses encontrar en su lectura
la majestad, la fuerza, la dulzura,
que llevan los raudales del Parnaso,
Mena, Boscán, Ercilla, Garcilaso,
Castro, Espinel, León, Lope y Quevedo.
No ofrezco asuntos que cumplir no puedo.

Sé que el mortal a quien benigno el hado
la morada del Pindo ha destinado,
halla en su cuna la sagrada rama
con que se sube al templo de la fama.

Tanta dicha a los cielos no he debido,
bajo tan fausto signo no he nacido.

En falsas cortes y en malicia fiera,
de mi vida pasé la primavera;
jamás compuse versos hasta el día
que me dejó la estrella más impía
a mi pena y rigor abandonado,
objeto débil del rigor del hado;
y con amor y ausencia, mal más fuerte
que cuantos he nombrado y que la muerte.

Entonces, por remedio en mi tristeza,
de Ovidio y Garcilaso la terneza
leí mil veces, y otros tantos gozos
templaron mi dolor y mis sollozos.
Huyendo de los hombres y su trato,
que al hombre bueno siempre ha sido ingrato,
sentado al pie de un álamo frondoso
en la orilla feliz del Ebro undoso,
¡cuántas horas pasé con los sentidos
en tan sabrosos metros embebidos!

¡Ay, cómo conocí que en su lectura
derramaban los cielos más dulzura
que en el divino néctar y ambrosía!
Mi tristeza en consuelo convertía,
y mis males yo mismo celebraba
por la delicia que en su cura hallaba.

Así como se alienta el peregrino
cuando encuentra con otro en el camino,
y con gusto el piloto al mar se entrega
si otro con él el mismo mar navega;
como se alivia el llanto si un amigo
de nuestras desventuras es testigo;
así los tristes versos que leía
templaban mi fatal melancolía,
hasta que en ellos me dispuso el cielo
de todo mi dolor total consuelo.

Así mi alma al Pindo agradecida,
cultivarle juró toda la vida.
Con pecho humilde y reverente paso
llegué a la sacra falda del Parnaso
y, como en sueños, vi que me llamaban

desde la sacra cumbre y me alentaban
Ovidio y Laso, a cuyo docto influjo
mi numen estos versos me produjo.

Todos de risa son, gustos y amores.
No tocaré materias superiores.
De los supremos dioses y los reyes
la oscura voz y las secretas leyes,
los arcanos, enigmas y misterios
no digo con osados versos serios;
antes con más sencillo y bajo tono
celebro la cabaña y dejo el trono.

Ya canto de pastoras y pastores
las fiestas, el trabajo y los amores;
ya de un jardín que su fragancia envía
escribo la labor y simetría;
ya del campo el trabajo provechoso,
y el modo de que el toro más furioso
sujete al yugo la cerviz altiva,
y al hombre débil obediente viva;
ya canto de la abeja y su gobierno,
y el dulce tono del jilguero tierno.

No mido con inútil osadía
cuánto anda el astro que preside al día,
ni celebro vilmente a los varones
funestos a la paz de las naciones.
Matar los hijos, degollar las madres,
violar las hijas, afrentar los padres,
lleven al hombre al templo de la gloria
al toque del clarín de la victoria;
pero jamás con versos inhumanos
héroes he de llamar a los tiranos.

Y di, lector, ¿acaso nos importa
(pues la vida es tan frágil y tan corta)
que Febo dé su vuelta concertada,
siendo la Tierra la que está parada,
o que, parado el sol, la Tierra suelta
alrededor de Febo dé la vuelta?

¿Ni que el piloto audaz y codicioso
busque nuevos caminos al ansioso
navío, y que disculpe si es posible
hallarlos por el paso inaccesible

hacia el norte del Asia no cursado?

¿O si es mejor el paso acostumbrado
por donde los gigantes patagones
admiran los castillos y leones
en las popas de naves españolas,
cuando surcan aquellas bravas olas?

No leas con temor. Ni voz ni idea
verás en mí que indecorosa sea,
ni ofenderé al pudor más recatado.
Podrá decir mis versos sin cuidado
el labio virginal, sin que ofendidos
deje mi blando numen sus oídos.

Letrilla sincera

El rayo severo
que Jove vibró
celebrele Homero,
que no lo haré yo.

La sátira fiera
que Persio escribió
cultive el que quiera,
que no lo haré yo.

Ercilla con arte
que él mismo probó
celebre a su Marte,
que no lo haré yo.

Del mar que el Troyano
aumentó,
escriba el Mantuano,
que no lo haré yo.

Pero del dios ciego
que Venus parió,
callen todos luego,
que bastaré yo.

Al mismo asunto en metro diferente, declarando su amor a Filis

No canto de Numancia ni Sagunto
el alto nombre y la envidiable gloria
que ninguna nación tiene en su historia.
No elijo por asunto
el noble ardor del portugués famoso
que con el traje de infeliz villano
puso freno afrentoso
al grande orgullo del poder romano.

Ni de Pelayo canto las acciones
con que domó las bárbaras naciones
a España conducidas,
y en ella mantenidas
por codicia africana,
por venganza inhumana,
y porque estaba España deliciosa
sepultada en el lujo desidiosa.

Ni tocaré con numen elevado
la prudencia, virtud, valor y saña
del valiente extremeño,
que con glorioso empeño
al terreno envidiado
llevó las armas de la invicta España.

Ni canto a Carlos quinto, aquel guerrero
que prendió de la Francia al soberano,
venció al francés y castigó al germano,
y al africano fiero.
Ni al noble hermano de Felipe Augusto,
que en el mar de Lepanto,
con grande estrago y susto,
puso cadena al turco, al orbe espanto.

Ni de Álvaro Bazán, de quien ingleses
y turcos y franceses
conservarán impresa la memoria,
contando en cada acción una victoria.
Ni el brío más que humano
del Cid Díaz, soberbio castellano,
que con su lealtad, fuerza y prudencia
deteniendo la rueda a la fortuna,
las armas de su rey puso en Valencia
sobre la media luna.

Ni las hazañas y virtudes raras
de Córdoba, Navarros y Pescaras,

Carpíos, Verdugos, Vargas, Mondragones,
con la turba inmortal de otros varones,
nobles abuelos nuestros y soldados
en España nacidos,
en Italia y en Flandes conocidos,
y por el orbe entero respetados,
sin que la envidia de la gente extraña
pueda negar su gloria a nuestra España.
No fue a mi musa dado
con el horrendo son del bronce herido
cantar como sagrado
el guerrero rigor, grato al oído,
del que entre sangre, robo, rapto y furia
a la infeliz humanidad injuria.

Mi lira canta la ternura sola;
Apolo me la dio, Venus templola,
y aun ella preludió mi dulce acento
que al céfiro paraba por el viento,
a las aves sacaba de sus nidos,
al hombre enajenaba sus sentidos;
a sus sonoras voces
se amansaban los brutos más feroces,
y las mismas deidades elevadas
quedaban con sus ecos encantadas.
Con tal impulso tu favor no imploro,
familia docta del castalio coro.

Divinas nueve hermanas,
no os pido aquellas fuerzas soberanas
con que Homero cantó del griego armado,
y del cielo en dos bandos separados
las iras y el rencor. Musas, no os pido
el numen escogido
con que cantó Virgilio al pío Eneas,
por entre incendios y horrosas teas
sacando padres, dioses, hijo, esposa,
de Troya lastimosa;
venciendo vientos, mares y enemigos
hasta fundar a Roma.

Diverso vuelo toma
mi pluma, que al amor he dedicado.

Porque en metro mezclado
de gusto y de tristeza,
celebro de mí Filis la belleza,
y temiendo del hado los vaivenes,
canto su amor y lloro sus desdenes.

Fruto que deseo sacar de mis poesías

Horacio con sus versos aspiraba
de la inmortalidad a la alta cumbre;
en ellos fabricaba
mansión para su nombre, y discurría
que al tiempo vencería
y que la muchedumbre
de días y de meses y de edades
de las posteridades
sería con su nombre comparada;
lo que es la Tierra, de hombres habitada,
respecto de los astros que miramos
y de los que ignoramos
en esa inmensa esfera.

Pero mi musa, menos altanera,
sin aspirar a que sus poesías
sean doctos objetos
allá en lejanos días,
cuando vivan los hijos de mis nietos,
solamente desea
que en estas hojas mi consuelo vea
en el mar de la suerte en que navego,
cual pasajero ciego
y tímido, ignorante
del rumbo, de las costas y del viento,
y del mudable y bárbaro elemento,
temiendo a cada instante
hallar segura muerte,
sin que la aparte mi sollozo blando;
y no como el piloto osado y fuerte
que a los cuatro elementos va burlando,
porque las artes sabe
del viento alevé y la ligera nave.

Sobre ser la poesía un estudio frívolo y convenirme aplicarme a otros más serios

Llegose a mí con el semblante adusto,
con estirada ceja y cuello erguido
(capaz de dar un peligroso susto
al tierno pecho del rapaz Cupido)
un animal de los que llaman sabios,
y de este modo abrió sus secos labios:

«No cantes más de amor. Desde este día
has de olvidar hasta su necio nombre.
Aplicáte a la gran Filosofía;
sea tu libro el corazón del hombre».
Fuese, dejando mi alma sorprendida
de la llegada, arenga y despedida.

Adiós, Filis, adiós. No más amores,
no más requiebros, gustos y dulzuras;
no más decirte halagos, darte flores;
no más mezclar los celos con ternuras;
no más cantar por monte, selva y prado
tu dulce nombre al eco enamorado.

No más llevarte flores escogidas,
ni de mis palomitas los hijuelos,
ni leche de mis vacas más queridas,
ni más jurarte mi constancia pura
por Venus, por mi fe, por tu hermosura.

No más pedirte que tu blanca diestra
en mi sombrero ponga el fino lazo
que en sus colores tu firmeza muestra,
que allí lo colocó tu airoso brazo;
no más entre los dos un albedrío,
tuyo mi corazón, el tuyo mío.

Filósofo he de ser; y tú que oíste
mis versos amorosos algún día,
oye sentencias con estilo triste
y lúgubres acentos, Filis mía,
y di si aquel que requebrarte sabe,
sabe también hablar en tono grave.

Sonetos de una gravedad inaguantable, excepto los finales de cada uno

Sobre el poder del tiempo

Todo lo muda el tiempo, Filis mía,
todo cede al rigor de sus guadañas;
ya transforma los valles en montañas,
ya pone un campo donde un mar había.

Él muda en noche opaca el claro día,
en fábulas pueriles las hazañas,
alcázares soberbios en cabañas
y el juvenil ardor en vejez fría.

Doma el tiempo al caballo desbocado,
detiene al mar y viento enfurecido,
postra al león y rinde al bravo toro.

Sola una cosa al tiempo denodado
ni cederá, ni cede, ni ha cedido,
y es el constante amor con que te adoro.

De la timidez natural a los hombres

A cuánto susto el cielo te condena,
oh género mortal, flaco y cuitado!
Se espantan unos en el mar salado
y tiemblan otros cuando Jove truena.

Otros si el eco del león resuena,
otros cuando el magnate está irritado,
otros cuando en la cárcel han pasado
días y noches tristes con cadena.

Yo solo discurrí no temblaría
al trueno, ni al león, ni al poderoso,
ni a la prisión, ni a todo el orbe entero.

Mas se engañó mi débil fantasía:
el rostro de mi Filis desdeñoso
me cubre de terror, temblando muero.

Sobre el anhelo con que cada uno trabaja para lograr su objeto

Pierde tras el laurel su noble aliento
el héroe joven en la atroz milicia;
sepúltase en el mar por su avaricia
el necio, que engañaron mar y viento.

Hace prisión su lúgubre aposento
el sabio por saber; y por codicia
el que al duro metal de la malicia
fio su corazón y su contento.

Por su cosecha sufre el sol ardiente
el labrador, y pasa noche y día
el cazador de su familia ausente.

Yo también llevaré con alegría
cuantos sustos el orbe me presente,
sólo por agradarte, Filis mía.

A la fortuna

¿Dónde hallarás quien resistirse pueda,
ciega deidad, al delicioso encanto
del son del torno de tu inestable rueda?

Si de algún triste el doloroso llanto
aparta el sabio de la atroz ruina,
¡qué poco dura el saludable espanto!

La mayor parte con vigor camina
al aéreo templo de la diosa fama,
y despreciar ejemplos determina.

Enciende la ambición su horrenda llama,
toca el clarín la gloria, el mundo suena,
y nuevas redes tu locura trama.

El alma débil de furor se llena,
segunda vez se entrega a tu mudanza,
que los gustos más gratos envenena.

También guiome un tiempo la esperanza,
monstruo a quien abortó tu devaneo,
y culpé tu rigor y tu tardanza.

¡Oh cuántas veces se inflamó el deseo
en este pecho joven e inocente
que ya por fin desengañado veo!

¡Cuál crecía el incendio! ¡Qué imprudente
propuse levantar al firmamento
mi nombre, del ocaso al oriente!

El militar estruendo, el duro acento
del jefe que las tropas disponía,
el ronco son del bélico instrumento,

la clin del animal que Betis cría,
el brillo que el dorado Tajo presta
al fierro de Cantabria, patria mía,

la pólvora a las madres tan funesta,
con estrépito horrendo en los cañones,
que tantas vidas y sollozos cuesta,

y de la horrenda guerra las acciones,
parecíanme glorias soberanas,
dignas de los que habitan las mansiones

del alto Olimpo, y que las nueve hermanas
sólo debían entonar loores
a las almas feroces e inhumanas.

Llenábase mi pecho de furores
al leer de Curcio y de Solís la historia,
de Alejandro y Cortés aduladores.

Envidiaba a los dos la fiera gloria
de ver en Moctezuma y en Darío
caprichos de la suerte y la victoria.

Un héroe sabio y un monarca pío
parecíanme indignos de su cuna;
su libro indigno del estudio mío.

Con gusto vi la bélica fortuna
del soberbio bretón, al lusitano
dar contra España audacia inoportuna;

y las melenas del león hispano

coronarse con lises, y a su saña
rendir Almeida el alto muro ufano.

Y al ver de Marte por la dura España
rodar el carro con horrible estruendo
y alzar la muerte su infeliz guadaña,

iba yo en mi memoria recorriendo
historias dignas de dolor y espanto
y mi alma con sus nombres complaciendo:

de Numancia, Sagunto y de Lepanto,
de Méjico, de Cuzco y de Pavía,
de San Quintín, de Almansa y Camposanto,

de Roncesvalle y tanto crudo día
que en nuestros fastos con orgullo se halla,
y lee la juventud con alegría.

Deseaba llegase la batalla
en que las tropas que la Lipe ordena
huyesen de Lisboa a la muralla

o rindiesen el cuello a la cadena,
para venir de Atocha al templo santo,
que de himnos victoriosos siempre suena,

y do ven las naciones con espanto
banderas y estandartes y tambores,
con nuestro gozo y con ajeno llanto.

Pero días más gratos y mejores
iba trayendo el tiempo a los mortales,
enfrenando de Marte los rigores;

y Carlos, lastimado de los males
que el mundo en tantos años padecía,
le quiso repartir bienes iguales.

Y así como Neptuno volvió el día
quietud, y sol al triste mar, turbado
por iras de la diosa que quería

anonadar la gente, a quien el hado
prometía el imperio de la tierra,
así también al mundo encarnizado

en una larga y horrorosa guerra,
Carlos dio paz, y el mundo gozar pudo
los muchos bienes que su nombre encierra.

El soldado, colgando el fuerte escudo
en el nativo hogar, al padre anciano,
con tono extraño y ademán forzado,

contó los lances de la guerra, ufano
de que su simple voz oída sea
por cariñosa madre, tierno hermano,

zagales toscos de la misma aldea,
y la zagala joven y gallarda
con quien unir su corazón desea

y a quien el día deseado tarda.
Ya de otro caos la naturaleza
sale segunda vez; no se acobarda

el marinero ya con la fiereza
del mar, ni el labrador ya se detiene
en romper de la tierra la dureza.

Cada arte y ciencia nueva vez previene
a quien la trate aplausos y consuelo;
a los mortales la quietud ya viene,

y la voz de los pueblos llega al cielo
con júbilos, con gozo y alegría;
el cielo esparce su bondad al suelo.

Y yo sintiendo el deseado día,
viendo en él mi esperanza fenecida,
pues la guerra tu gracia me ofrecía,

vine a la corte, donde nueva vida,
nuevas lides ofrece y nueva pena
con colores de gustos bien fingida.

Allí arrastré la rígida cadena,
tan dura que aun después de rescatado
en mis oídos su rüido suena.

Sí, fortuna, yo vi (¡cuán espantado

hasta ver que lo mismo siempre ha sido!),
vi lo que nunca hubiera yo soñado;

y por tus sacerdotes conducido,
tus ritos vi, tus víctimas y templo,
joven audaz y nada apercibido.

Guiome de otros muchos el ejemplo,
cuya vida juzgaba yo colmada,
y ahora esclavitud triste contemplo.

Ya con rodilla ante el altar doblada,
movió mi débil mano el incensario
por culto de una estatua inanimada.

La cara del amigo y del contrario
mil veces vi con arte equivocarse,
la del cobarde y la del temerario.

En fin, vi con dolor adulterarse
virtud, honor, bondad, y con pasiones
del más horrible género mezclarse.

Me engañaste hasta aquí. ¡Cuántas razones
tirana me pusiste, deseando
llevarme más allá! ¡Cuántas me pones

con rostro afable y con acento blando
aun después del desprecio con que veo
al que vas abatiendo o ensalzando!

Lo sabes, y que yo sólo deseo
huir de ti, porque jamás consigas
de mi pecho formar nuevo trofeo,
por más que me acaricies o persigas.

Al pintor que me ha de retratar

Anacreóntica

Discípulo de Apeles,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro,

no me pongas ceñudo
con iracundos ojos,
y en la diestra el estoque
de Toledo famoso,
y en la siniestra el freno
de algún bélico monstruo,
ardiente como el rayo,
ligero como el soplo;
ni en el pecho la insignia
que en los siglos gloriosos
alentaba a los nuestros,
aterraba a los moros;
ni cubras este cuerpo
con militar adorno,
metal de nuestras Indias,
color azul y rojo;
ni tampoco me pongas,
con vanidad de docto,
entre libros y planos,
entre mapas y globos.
Reserva esta pintura
para los nobles locos
que honores solicitan
en los siglos remotos.
A mí, que sólo aspiro
a vivir con reposo
de nuestra frágil vida
estos instantes cortos,
la quietud de mi pecho
representa en mi rostro,
la alegría en la frente,
en mis labios el gozo.
Cíñeme la cabeza
con tomillo oloroso,
con amoroso mirto,
con pámpano beodo;
el cabello esparcido,
cubriéndome los hombros,
y descubierto al aire
el pecho bondadoso;
en esta diestra un vaso
muy grande y lleno todo
de jerezano néctar
o de manchego mosto;
en la siniestra un tirso,
que es bacanal adorno,

y en postura de baile
el cuerpo chico y gordo;
o bien junto a mi Filis,
con semblante amoroso,
y en cadenas floridas
prisionero dichoso.
Retrátame, te pido,
de este sencillo modo
y no de otra manera,
si tu pincel hermoso
empleas por capricho
en este feo rostro.

A la peligrosa enfermedad de Filis

Anacreónica

Si el cielo está sin luces,
el campo está sin flores,
los pájaros no cantan,
los arroyos no corren,
no saltan los corderos,
no bailan los pastores,
los troncos no dan frutos,
los ecos no responden...
es que enfermó mi Filis
y está suspenso el orbe.

*A un héroe, advirtiéndole que aprecie a los poetas, porque ellos transmiten a la posteridad
las hazañas de los hombres grandes*

Los lauros que en la lid habéis ganado
a Marte no ofrezcáis agradecido;
vuestro nombre, y el triunfo conseguido,
quedará en pocos años sepultado
en el eterno olvido.

Mas si con esas victoriosas manos
os despojáis del ramo de la gloria,
y a Febo dedicáis vuestra victoria,
las musas a los siglos más lejanos
llevarán la memoria.

Anacreónica

Dime, dime, muchacho,
¿cuántas veces te he dicho
que me des de lo añejo
cuando te pida vino?
Anoche, en vez de darme
del viejo bueno tinto,
me diste malo y nuevo,
y pagué tu descuido.
Apenas me llenaste
doce veces el vidrio
con que suelo, contento,
brindar a mis amigos,
cuando caí de espaldas,
perdidos los sentidos,
haciendo de mí mofa
las chicas y los chicos;
y sin duda quedara
en el suelo tendido
a no tocarme Febo
con sus rayos divinos,
cuando de su carrera
llegaba al medio fijo.
Dame, dame del viejo,
a ver si con su brío
y la luna, que sale,
me sucede lo mismo;
y si tal sucediere,
muchacho, te permito
que en adelante traigas,
cuando yo pida vino,
del nuevo o bien del viejo,
del blanco o bien del tinto.

Pasatiempos

Sacó Fabio su libro de memorias
en que todos los días apuntaba
de su importante vida las acciones,
a la posteridad noticias gratas.

Leyó de la semana antecedente
la cuenta que escribió con pluma exacta:
«Lunes me enamoraré; martes lo dije;
el miércoles me dieron esperanzas;

jueves me amaron; viernes fastidieme;
el sábado di cielos, vi mudanzas;
el domingo inclineme hacia otra parte...».
¡Miren una semana bien gastada!

Anacreónica

A un amigo, sobre el consuelo que da la poesía

Mi dulcísimo amigo,
a ti y a mí quitarnos
los versos con que alegres
esta vida pasamos,
era quitar la yerba
al fresco y verde prado,
el curso al arroyuelo
y a las aves el canto.
Y porque algunos necios
desprecian al Parnaso,
¿al dios que nos inspira
hemos de ser ingratos?
¿Acaso su desprecio
equivale al regalo
con que suelen las musas
venir a consolarnos?
¿Qué triunfos, qué victorias
ensalzan al soldado,
qué moneda al avaro,
como al ardiente pecho
del poeta inspirado
cuando lleno se siente
del dios del Pindo sabio?
De amor y de fortuna,
que al corazón humano
dan sustos a la vida,
dan a la muerte estragos,
la musa nos defiende,
Apolo nos da amparo.
Cuando Filis me ofende
poniendo un ceño ingrato,

y cuando tu Dorisa
te da un instante amargo,
¿cuál cosa de este mundo
pudiera libertarnos
de darnos cruda muerte
o de vivir penando,
sino aquel desahogo
que en la musa encontramos;
sino aquella dulzura
con que ella suele hablarnos?
Entonces en un verso
dejamos mil enfados,
y volvemos gozosos
en busca de otros tantos;
pues de la ciega diosa
los vaivenes aciagos,
cuando castiga al bueno,
cuando premia al malvado,
¿cómo puede sufrirlos
un corazón humano,
sino como nosotros
solemos tolerarlos?:
despreciando sus premios,
su cólera burlando,
y todo sin más armas
que la pluma en la mano.

Anacreóntica

¿Quién es aquel que baja
por aquella colina,
la botella en la mano,
en el rostro la risa,
de pámpanos y yedra
la cabeza ceñida,
cercado de zagales,
rodeado de ninfas,
que al son de los panderos
dan voces de alegría,
celebran sus hazañas,
aplauden su venida?
Sin duda será Baco,
el padre de las viñas.
Pues no, que es el poeta

autor de esta letrilla.

Anacreónica

Devolviendo a dos amigos las coplas que ellos le habían enviado y compuesto en una
partida de campo

Estos alegres metros
devuelvo a vuestras manos,
amigos de mi vida,
de Venus y de Baco;
con mil amargas quejas
de no haber presenciado
los gustos de la mesa,
los placeres del campo,
y de que ausente y triste,
no pude acompañaros,
ya tomando la lira,
ya tomando los vasos.
Y aunque sé que en los versos
me venciérais ambos,
os venciera bebiendo
y quedara vengado.

Carta de Florinda a su padre el conde D. Julián después de su desgracia

Señor (pues ya no debe
apellidarte padre aquesta triste,
a quien el astro aleve
arrebató el honor que tú la diste),
te envío con mi carta mi quebranto;
mezcla tú mis renglones con tu llanto.

Ay!, trémula mi mano
borra los caracteres que escribía,
porque el dolor tirano
agita con temblor la pluma mía;
mi mano en infortunio tan deshecho
imita lo agitado de mi pecho.

Conozco que mi aliento
antes que aquesta carta ha de acabarse;

tendrá nuevo tormento
mi corazón en no poder vengarse;
Florinda morirá, sin que en Rodrigo
vengues mi honor, castigues tu enemigo.

Cuando tan fuerte sea
mi pecho que a sus males no se rinda;
cuando mi padre vea
su honor entre desdoras de Florinda,
¡muerto te quedarás, oh padre amado!,
y nuestro honor marchito y no vengado.

Mas aunque no resista
mi fuerza a la ignominia de expresarla,
ni tu infelice vista
a la dura desdicha de mirarla,
a la posteridad estos renglones
acaso servirán como lecciones.

Al joven don Rodrigo
hermosa parecí; llamome hermosa.
¡Ay!, ¡sobrado te digo
en frase tan sencilla y azarosa!
Él era rey y joven, y era amante;
y yo mujer, hermosa e ignorante.

¡Con qué tiernas miradas
me declaró el amor que me tenía!
¡Qué voces disfrazadas
con estudiado estilo profería!
Sus ojos y su boca se ligaban
contra mi corazón, y triunfaban.

Mi corazón, ajeno
de lo que amor se llama entre los necios,
se tuvo tan sereno,
que por halagos tiernos dio desprecios.
Pero de amor la inexplicable llama
a veces en el fuego más se inflama.

¡Qué fiestas no intentaba
para lograr sus fines suntuosas!
La corte se admiraba,
ignorando las causas asombrosas;
yo sola no ignoraba de estas fiestas
la causa y consecuencias: ¡qué funestas!

Mil veces al torneo
el mismo don Rodrigo se veía
las alas del deseo
mezclar con las del traje que vestía;
el traje, la divisa y la librea
los fines me explicaban de su idea.

Mil otras se postraba
a su triste vasalla el soberano;
rendido me juraba
pondría sus dominios en mi mano.
Alguna vez más bajo se abatía
diciendo que a mis pies todo pondría.

Las cargas del reinado,
tan duras de llevar y tan precisas,
dejaba descuidado
en manos o malvadas o indecisas.
¿Cuál podría mandar un reino entero
quien era de otro dueño prisionero?

Por fin los maliciosos,
a costa de desvelos y cuidados,
supieron los dudosos
motivos por él mismo declarados.
Comenzaron sus necios artificios
a preparar mayores precipicios.

Algunos, ignorando
que el pecho femenino más entero
suele rendirse blando
de la soberbia al tono lisonjero,
quisieron deslumbrar el pecho mío
con ideas de mando y poderío.

Decían que grandeza,
palacio, España toda, el mundo entero
a mis pies su cabeza
al punto rendiría con esmero;
y que aceptase el lauro prodigioso
de ser reina del rey más poderoso.

A todos resistía
tu hija, combatida de mil modos;
solo se defendía

mi honor, que se oponía contra todos;
contra el amor en artes abundante
sólo el honor consigue ser triunfante.

Triunfé, pero Cupido,
viéndose de mi triunfo avergonzado,
y viéndose vencido,
a todos los delitos arrestado,
a la astucia juntó ya la demencia,
engaños, amenazas y violencia.

Un día (¡con qué agüeros
me lo predijo el cielo!, ¡con qué susto!)
un negro gavilán vi que seguía
a una tierna paloma que le huía.

Yo vi que a una cordera
un lobo devoraba ensangrentado;
yo vi su saña fiera
al pie de mi palacio desgraciado.
¡Necia de mí, que con agüeros tales
no me temí los más atroces males!

En este mismo día
Rodrigo me llamó, y así me dijo:
«Tu noble valentía
venció por fin a mi fervor prolijo;
admiro tu virtud y la venero,
yo mismo envidio un pecho tan entero.

Florinda, ya se acaba
de mi persecución el necio empeño;
aun mi alma se alaba
de humillarse a la fuerza de tu ceño;
vive felice sin temor ni susto,
ya no aspiro a más gusto que tu gusto».

Mis lágrimas siguieron
del gozo a la sorpresa de mi oído,
como seguir se vieron
al susto en otro tiempo conocido;
y mi alma con tan nuevas mutaciones
lloraba y aplaudía sus blasones.

Al fin, agradecida,
a sus plantas postreme presurosa;

jurele que en la vida
olvidaría acción tan generosa,
y que la sangre toda de mi gente
vertería en su obsequio, reverente.

Iba mi entendimiento
con lágrimas y voces a explicarse
en su agradecimiento,
cuando mi corazón sentí turbarse,
y con el nuevo gozo enajenada,
caí entre sus brazos desmayada.

Mas, ¡cielo!, mi hermosura,
sin duda nuevo lustre en mi tristeza,
y su osada locura
nuevas fuerzas tomó de mi flaqueza;
y mi alma entre las sombras de la muerte
dejó de ser, como en la vida, fuerte.

Volví del accidente
¡ojalá que a la vida no volviera!,
y Rodrigo, insolente,
mirábame con complacencia fiera,
diciendo: «¿Ves, Florinda, cómo el cielo
favoreció mi ardor y mi desvelo?

Lo que tú has resistido
con tan ciego tesón y tiranía,
el cielo ha permitido
en un instante: ya te he hecho mía;
lo que ha empezado el cielo prosigamos
en dulce unión el tiempo que vivamos».

Al oírle y mirarme,
rompí los nudos que su brazo hacía,
y fiera al arrancarme,
cobré la voz, y al tiempo que él huía,
dije: «¡Ay de ti, Rodrigo!, tus maldades
han de llorar las míseras edades».

¡Qué necia!, ¡cuál sonaba
mi voz por el palacio del delito!
¡Qué triste publicaba
el crimen de Rodrigo y mi conflicto!
«Venganza», sí, «venganza», repetía,
y al cielo y a la tierra la pedía.

Viendo que tierra y cielo
sordos estaban siempre a mis oídos,
sólo pedí consuelo
a mis tristes potencias y sentidos.
¡Excesos son de la venganza insanos!
Quise matar al rey con estas manos.

Pensé yo convidarle
a mi jardín; con fácil fingimiento
mi pecho presentarle,
como cambiando en gusto su tormento;
decirle que podía sin recelo
contar con mi terneza su desvelo.

Y al tiempo que él, demente,
con la amorosa llama deslumbrado,
se llegase impaciente
al pecho a quien creía conquistado,
con un puñal lavar en su torpeza
la mancha derramada en mi flaqueza.

Mas sin duda los reyes
son de tan superior naturaleza,
que las humanas leyes
humillan el rigor y fortaleza;
y sólo puede castigar coronas
quien maneja los astros y las zonas.

Ya me falta el aliento
para la grave empresa meditada;
un impulso violento
me detiene la mano levantada,
y en tan dudoso, oscuro y cruel abismo,
vuelvo el puñal contra mi pecho mismo.

Y al punto (¿quién creyera
que faltara a Florinda valentía?)
que lo emprendo severa,
tiembla cobarde aquesta diestra mía.
Y así a mi padre en mi desdicha apelo
por muerte, por honor y por consuelo.

POETA

Tu imperio ya se acaba;
guarda, niño, las flechas en la aljaba.

CUPIDO

Pues y los corazones,
¿cómo han de conquistarse?

POETA

Con doblones.

Sencillas ponderaciones de un pastor a su pastora

Deste modo ponderaba
un inocente pastor
a la ninfa a quien amaba,
la eficacia de su amor:

«¿Ves cuántas flores al prado
la primavera prestó?
Pues mira, dueño adorado,
más veces te quiero yo.

¿Ves cuánta arena dorada
Tajo en sus aguas llevó?
Pues mira, Filis amada,
más veces te quiero yo.

¿Ves al salir de la aurora
cuánta avecilla cantó?
Pues mira, hermosa pastora,
más veces te quiero yo.

¿Ves la nieve derretida
cuánto arroyuelo formó?
Pues mira, bien de mi vida,
más veces te quiero yo.

¿Ves cuánta abeja industriosa
de esa colmena salió?
Pues mira, ingrata y hermosa,
más veces te quiero yo.

¿Ves cuántas gracias la mano
de las deidades te dio?
Pues mira, dueño tirano,
más veces te quiero yo».

A los días del Excmo. Señor Conde de Ricla

Salid, ninfas del Ebro,
a mis voces juntad vuestra armonía;
cantad al que celebro
en su dichoso y deseado día.
Salid, ninfas, cantando,
y el eco suene con acento blando.

Una tropa ligera
de sátiros y faunos y silvanos
impaciente os espera,
venida de los montes más lejanos
para formar su danza,
y lloran, tristes, ya vuestra tardanza.

Las aves lo supieron
(sin duda de algún numen inspiradas)
y más prontas unieron
sus voces por los cielos concertadas;
y con voz más sonora
más presto despertaron a la aurora.

Apenas del oriente
abrió las puertas la rosada aurora,
cuando el prado y la fuente
vistió la mano de la diosa Flora,
regando el verde suelo
con el sonoro y líquido arroyuelo.

Pisad, ninfas del prado,
con libre pie la rosa y la azucena;
y del pelo dorado
caigan las perlas en la orilla amena,
porque adorno más bello
a vuestra sien dará vuestro cabello.

¡Egregio Villalpando!,

así cantaba yo con bajo acento
y lira humilde, cuando
sentí en mis venas un ardor violento,
cual suele de repente
de Etna brotar un ígneo torrente.

Y así como se extiende
por campo, valle, prado, selva y monte
la llama, y más se enciende,
y parece abrasado el horizonte;
así sentime luego
todo encendido en un sagrado fuego.

No pisa más osada
la Trípode que anuncia lo futuro,
la Pítica inspirada
a quien Febo abre el libro siempre oscuro
donde están estampados
los divinos secretos de los hados.

Ni se le eriza el pelo,
ni la voz se le turba en la garganta,
ni mira osado al cielo,
ni lleno ya de fuerza se levanta
con el ardor y asombro
que mi alma siente cuanto yo te nombro.

Ni del vulgo profano
la turba ofrece reverente oído
al tono más que humano
que el sacerdote pitio ha proferido,
con más sagrado espanto,
que el mundo me oye, si tu nombre canto.

Ya veo que del río
cuyo nombre ha tomado España entera,
al fuerte acento mío
sale el anciano dios con faz severa
y tridente en la mano,
igual al de Neptuno soberano.

Ya aparta del cabello
los juncos y las conchas y corales,
y por el duro cuello
lo esparce en largas trenzas desiguales
con la nervuda diestra

y la ancha frente, y sus arrugas muestra.

Con la siniestra aplica
a su gran boca un caracol horrendo
que sus voces duplica,
causando al eco un nunca oído estruendo;
siete veces le toca,
y siete tiembla la cercana roca.

Y mirándome adusto
(sintiendo que un mortal alcance a tanto
que conmueva a su gusto
a las mismas deidades con su canto),
de envidia y rabia lleno,
vuelve a sus ondas por su verde seno.

Detiene su corriente
el Ebro, y se sosiega la onda pura;
y hacia el golfo de oriente
su curso, como suele, no apresura.
Y Neptuno, irritado,
echa menos el feudo acostumbrado.

Ya del tranquilo río
las ninfas y tritones van saliendo;
estos con grande brío
las importunas olas van abriendo,
porque salgan gustosas
las ninfas en sus conchas primorosas.

Zagalas y pastores
que esperáis en la orilla su llegada,
¿decid si otras mayores
bellezas vio jamás vuestra morada?
¿Decid, verdes orillas,
si nunca visteis tales maravillas?

Apenas han salido
del agua, cuando dan dulces acentos
al eco suspendido,
y su gozo se esparce por los vientos.
¿Decid, aves canoras,
si nunca oísteis voces tan sonoras?

Ya la mansa corriente
a la orilla feliz bien envidiada

las lleva blandamente;
y los tritones sienten su llegada,
y sacando hacia afuera
los brazos, cada cual la suya espera.

Uno que más desea
la vuelta de su amada ninfa, dice:
«Vuelve, mi Galatea,
vuelve al constante amor de este infelice;
así la cipria diosa
te haga cada día más hermosa».

Esto mismo repite
cada cual a la suya con terneza;
y sabroso convite
le prepara, en señal de su fineza,
de peces y de frutas
que el río cría dentro de sus grutas.

Pero ellas no se cuidan
de tanto anhelo y de dulzura tanta,
viendo que las convidan
a herir el suelo con ligera planta
pastores más hermosos,
y sátiros y faunos bulliciosos.

Témplanse los panderos
y flautas y zampoñas pastoriles
con los suaves jilgueros
y zagales con voces juveniles;
y con sus blancas manos
tocan las ninfas sonos más que humanos.

La más bella levanta
al alto Olimpo tu eminente cuna,
y con el brío te canta
superior al poder de la fortuna,
y «¡viva Ricla, viva!»
exclama el coro de la comitiva.

Otra su voz ofrece
ti lo benigno de tu noble pecho,
e igualarlo parece
a los influjos del empíreo techo;
y el coro junto exclama:
«¡Que Ricla viva con eterna fama!».

Otra dice que fuiste
al reino ultramarino del gran Carlos,
que a los indios pusiste
bajo su amparo, para rescatarlos;
el gran coro vocea:
«¡Viva el gran Ricla, venturoso sea!».

Otra ninfa te canta
venciendo con estrago a los germanos,
y dice: «Cuánto espanta
el hierro, si lo esgrimen esas manos!»;
y el coro, que lo ha oído,
repite: «¡Viva quien triunfante ha sido!».

Otra dice tu celo
para las armas del hispano Marte;
la bóveda del cielo
vuelve mayor su voz para alabarte,
y el coro escucha atento
y dice «¡viva!» con sonoro acento.

A cada ninfa hermosa
que cantaba con celo tus loores,
la comitiva ansiosa
ofrecía guirnalda de mil flores,
y ella se las quitaba
y en tu estatua de mármol las dejaba.

el tiempo, grave anciano,
con hoz irresistible y destructora
se aparece, y ufano,
mirando a la cuadrilla que te adora,
dice: éste será el solo
a quien defienda de mi brazo Apolo.

Anacreóntica

Vuelve, mi dulce lira,
vuelve a tu estilo humilde,
y deja a los Homeros
cantar a los Aquiles.
Canta tú la cabaña
con tonos pastoriles,

y los épicos metros
a Virgilio no envidies.
No esperes en la corte
gozar días felices,
y vuélvete a la aldea,
que tu presencia pide.
Ya te aguardan zagales
que con flores se visten,
y adornan sus cabezas
y cuellos juveniles.
Ya te esperan pastores,
que deseosos viven
de escuchar tus canciones,
que con gusto repiten.
Y para que sus voces
a los ecos admiren
y repitan tus versos
los melodiosos cisnes,
vuelve, mi dulce lira,
vuelve a tu tono humilde,
y deja a los Homeros
cantar a los Aquiles.

A las bodas de Lesbia

Anacreóntica

Apaga, Cupido,
tu ligera llama,
si enciende Himeneo
sus antorchas sacras.
Respetar de Lesbia
la mano ligada
a la de su dueño
con tiernas guirnaldas.
Virtud y modestia,
honor y constancia,
por medio del templo
la llevan al ara.
Tus armas son pocas
para arrebatlarla
de la tropa fuerte
que ya la acompaña.
Y si tus intentos

a tanto llegaran,
vencido, abatido,
burlado quedaras.
Y nuevo trofeo
sería tu aljaba
del triunfo seguro
que honor alcanzara.
No más me presentes
con lisonjas falsas
mudables cimientos
para mi esperanza;
que de sus virtudes
a la luz sagrada
huyen las ideas
culpables y vanas.
Como en noche oscura
entre las montañas
el miedo al viajante
pinta sombras varias,
hasta que del carro
de Febo las llamas,
esparciendo luces,
disipan fantasmas.

Anacreónica

Unos sabios gritaban
sobre el sabor y nombre
del licor que ofrecía
Ganimedes a Jove
en las celestes mesas,
convidados los dioses,
suspensos los luceros
y admirados los hombres.
Y yo dije a mi Filis:
«Déjales que den voces.
El nombre nada importa,
y del sabor, responde
que será el que tú dejas
cuando los labios pones
en la copa en que bebes
los béticos licores
cuando contigo bebo,
cuando conmigo comes;

y déjales que griten
sobre el sabor y nombre
del licor que ofrecía
Ganimedes a Jove.

Cuento

En el oscuro bolsillo
de un miserable avariento
reinaba un sumo descanso,
duraba un largo silencio.
Ni sol ni luna podían
enviar sus luces dentro
para dar un corto alivio
a los tristes prisioneros.
Ya de esto habrá colegido
el lector, como discreto,
y si no, como atrevido
(que suele valer lo mismo,
y mil veces confundirse,
discreción y atrevimiento),
ya habrá, digo, discurrido,
como digo, de mi cuento,
que los tristes habitantes
de aquel castillo tremendo
no veían los teatros,
las máscaras, los paseos,
los banquetes, las visitas,
las tertulias y los juegos;
ni tampoco iban a hablarles
aquellos hombres molestos,
de estos que hay que, por hablar,
irán a hablar con los muertos.
Solamente en él entraban,
siempre de noche y con tiento,
del dueño de la prisión
los largos y fríos dedos.
Contábalos uno a uno
cien veces y aun otras ciento.
Pues, Señor, entre los tales
tristísimos prisioneros
los había muy alegres
(o filósofos o necios,
pues sólo en estas dos clases

se ven penas con sosiego);
y por no saber qué hacerse,
se estaban entreteniendo
en contar las travesuras
que los malvados hicieron
cuando andaban por el mundo
campando por su respeto.
Oyolos un ratoncillo,
vecino de mi aposento,
que en él suele comer libros,
porque no halla pan ni queso,
y todo me lo contó,
prometiéndole el secreto,
porque el ratón y yo somos
amigos y compañeros,
y pasamos nuestras hambres
él y yo contando cuentos.
Así dice que decían,
óigalo el sabio y discreto...
Pero no quiero decirlo,
porque se oyeran enredos,
culpas, delitos y fraudes,
osadías y portentos,
que prueban lo que es el hombre
y lo que puede el dinero.

Letrillas satíricas imitando el estilo de Góngora y Quevedo

Que dé la viuda un gemido
por la muerte del marido,
ya lo veo;
pero que ella no se ría
si otro se ofrece en el día,
no lo creo.

Que Cloris me diga a mí.
«Sólo he de quererte a ti»,
ya lo veo;
pero que siquiera a ciento
no haga el mismo cumplimiento,
no lo creo.

Que los maridos celosos
sean más guardias que esposos,

ya lo veo;
pero que estén las malvadas
por más guardias más guardadas,
no lo creo.

Que al ver de la boda el traje
la doncella el rostro baje,
ya lo veo;
pero que al mismo momento
no levante el pensamiento,
no lo creo.

Que Celia tome el marido
por sus padres escogido,
ya lo veo;
pero que en el mismo instante
ella no escoja el amante,
no lo creo.

Que se ponga con primor
Flora en el pecho una flor,
ya lo veo;
pero que astucia no sea
para que otra flor se vea,
no lo creo.

Que en el templo de Cupido
el incienso es permitido,
ya lo veo;
pero que el incienso baste
sin que algún oro se gaste,
no lo creo.

Que el marido a su mujer
permita todo placer,
ya lo veo;
pero que tan ciego sea
que lo que vemos no vea,
no lo creo.

Que al marido de su madre
todo niño llame padre,
ya lo veo;
pero que él, por más cariño,
pueda llamar hijo al niño,
no lo creo.

Que Quevedo criticó
con más sátira que yo,
ya lo veo;
pero que mi musa calle
porque más materia no halle,
no lo creo.

Traducción de Horacio

Al constante varón de ánimo justo
jamás imprime susto
el furor de la plebe amotinada;
ni la cara indignada
del injusto tirano;
ni del supremo Júpiter la mano
cuando irritado contra el mundo truena;
ni cuando el norte suena,
caudillo de borrascas y de vientos.
Si el orbe se acabara,
mezclados entre sí los elementos,
el justo pereciera y no temblara.

Desdenes de Filis

Égloga. Entre Dalmiro y Ortelio, pastores

POETA

Como la tortolilla en su retiro,
con solitarios llantos y lamentos,
triste se queja del rigor del hado,
así en un bosque el infeliz Dalmiro
sus quejas amorosas daba al viento,
de verse de su ninfa abandonado.
Lejos de su ganado,
de su cabaña ausente,
en su dolor demente,
de todos y de todas se ausentaba.
Lloraba y sus sollozos duplicaba;
sola la soledad apetecía,
porque ella le imitaba

con tanta natural melancolía.
¿Cuántas veces el sol, cuántas la luna
sus concertados giros revolvían,
y al pie del mismo tronco le encontraban?
El vecino arroyuelo y la laguna
helarse y deshelarse se veían,
y mudado a Dalmiro nunca hallaban.
Las aves que pasaban
hallaban a Dalmiro
en el mismo retiro.
Las mismas voces con el mismo acento
solía dar a la región del viento;
el eco de sus voces se cansaba,
porque de su lamento
lo mismo cada día duplicaba.
Si alguno sin morir ha padecido
de celos y desdenes la aspereza,
sabrà lo que Dalmiro padecía.
Ya estaba a tal estado reducido,
que ni aun llorar podía su tristeza.
Falto de fuerza, estatua parecía;
morirse se veía,
y sin duda muriera
si algún dios no quisiera
que en lo sereno de la noche clara
con su rebaño Ortelio se acercara
y conociera a su Dalmiro amado;
pero no por la cara,
que ésta se había ya desfigurado.
Ortelio por las aves conducido
al triste objeto que en los ayes daba,
llegó, miró, y prorrumpió en lamentos.
Por su antigua amistad enternecido,
su pecho al de su amigo ya acercaba;
ya le daba sabrosos alimentos,
ya varios condimentos
de yerbas y de flores,
por si con sus olores
sacarle del letargo conseguía.
En vano con dulzura socorría
en sus brazos al triste moribundo.
Morir con él quería.
¡Ya no hay tales amigos en el mundo!
Dalmiro abrió los ojos lentamente
y los fijó sobre su Ortelio amado;
y al punto que le vio, sintió consuelo.

Esfuerzos hizo con su voz doliente
para contar a Ortelio su cuidado,
su llanto, su dolor, su desconsuelo,
hasta que quiso el cielo
que en tal amigo hallara
consuelo que bastara,
contándole con queja su quebranto.
En todo el mundo no hay consuelo tanto
como contar a su leal amigo
el motivo del llanto,
sin arte, sin respeto, sin testigo.
Este coloquio entre los dos pastores
pasó; si lo oye alguna ninfa bella,
¡cuál se envanecerá de su hermosura,
al ver que al hombre matan los rigores
de la beldad más que los de la estrella,
como prueba esta lúgubre aventura!
En la verde espesura
de este modo se hablaron,
y la historia trataron.
No se tenga por cuento fabuloso;
es tan seguro como lastimoso.
Todo pastor de amores escarmiente
lance tan horroroso,
y escuche este coloquio atentamente:

ORTELIO

¡Oh tierno amigo de este pecho mío!
¡Oh Dalmiro, el mejor de los pastores!,
dime la causa de tus graves males.
Te veo moribundo, yerto, frío,
y perdidos del rostro los colores,
y tus ojos parados y mortales.
Alientos desiguales
tu pecho da con pena;
la voz se te enajena.
¡Ay!, sácame, te pido, del cuidado.
Si acaso mi amistad has olvidado,
te pongo empeño superior ahora.
Dime lo que ha pasado,
te lo pido por Filis tu pastora.

DALMIRO

¡Ortelio!, ¡amado Ortelio!, calla, calla,

aumentas con nombrarla mi quebranto.
Si al verla me causó tanta alegría,
este tiempo pasó, tan otra se halla,
que si tú me la acuerdas, en el llanto
verás el fin de aquesta vida mía.
¡En triste, aciago día
miré yo su hermosura!
¡Oh cuánta desventura
aquel funesto día ha producido!
No sé cómo mi fuerza ha resistido.
¡Oh necia ceguedad de los mortales!
¡Cuántas veces ha sido
un bien principio de increíbles males!

ORTELIO

¿Quién? ¿Filis?, ¿la que tanto te quería?
¿La que un amor sin fin te aseguraba
delante de zagalas y pastores?
¿La que buscaba flores
por el valle y el prado,
y un ramo bien ligado
con cinta del color de la firmeza
te daba, como prenda de fineza?
¿La que te permitía que llevase
su falda tu cabeza,
y la siesta de agosto así pasase?

DALMIRO

La misma, sí, la misma, ¿Quién creyera
que la que fue tan buena se trocara
en exceso de fraude y tiranía?
Más fácilmente imaginado hubiera
que el céfiro borrascas abortara,
y la luna saliera por el día.
Más fácil parecía
vivir el tigre fiero
con el manso cordero;
salir los astros por el occidente,
volver un río contra su corriente,
dar los cipreses rosas olorosas,
y andar el inocente
seguro por ciudades engañosas.
Lo que le parecía más posible
no ha sucedido al infeliz Dalmiro;

lo que juzgué imposible me sucede.
Es céfiro, como antes, apacible;
la luna por la noche da su giro;
al tigre la cordera el puesto cede;
ni el río retrocede,
ni ha mudado la aurora
su antiguo curso y hora;
ni del ciprés se acaba la tristeza,
ni en las ciudades fraude y sutileza.
El orden de las cosas no ha variado
en la naturaleza;
y Filis, sola Filis, se ha mudado.

ORTELIO

Y tú, Dalmiro, cuyo altivo pecho
triunfaba ufano del rigor más fuerte
que a veces te ofrecía tu pastora,
¿ese valor acaso se ha deshecho,
que tan triste y postrado llego a verte?
¿Para cuándo tu fuerza vencedora?
Alienta, pues, ahora,
y suspende ese llanto.
No merecía tanto
la misma madre del rapaz Cupido;
la misma Venus nunca ha merecido
el dominio de un alma generosa.
El mérito ha perdido
por ser mujer, si lo ganó por diosa.

DALMIRO

Tienes razón... pero valor no tengo.
Ya muero, sí, ya muero; ni un instante
me queda de una vida tan cansada.
Si algún aliento... alguna voz mantengo,
sólo es para pedirte que a mi amante,
mal dije, que a mi ingrata, que a mi amada
digas que está acabada
de Dalmiro la vida;
que queda complacida;
que muero, cual viví, suyo de veras.
Ya siento de mis ansias las postreras.
Adiós, Ortelio, ya me siento yerto
entre congojas fieras.

POETA

Esto dijo Dalmiro, y quedó muerto.
Ortelio, del cadáver cuidadoso,
una tumba erigió, como es debido,
con ramas de cipreses enlazadas;
no de mirto, que a Venus es gustoso,
ni de yedra, que es grata al dios Cupido,
ni de otras yervas al amor sagradas.
Dejolas coronadas
con un corto letrero
(y nada lisonjero,
como otros epitafios que ha dictado
la adulación); porque este fue grabado
sólo para ejemplar de otros amores.
Yo le tengo copiado,
y así decía: «Escarmentad, pastores».

Glosa

Engañando está Dalmira
al pastor que la enamora;
pero él responde: Pastora,
¿eso es verdad o mentira?

Ella dice: «Dulce dueño,
toda es tuya el alma mía:
en ti pienso todo el día,
contigo de noche sueño.

Dime, pastor, ¿no te admira
la virtud de quien te adora?»
Pero él responde: «Pastora,
¿eso es verdad o mentira?»

Ella dice: «Si la suerte
una corona me diera,
¡cuán gozosa la perdiera,
mi dueño, por no perderte!

Tu pastora sólo aspira
a que la ames cual te adora».
Pero él responde: «Pastora,
¿eso es verdad o mentira?».

Injuria el poeta al amor

Amor, con flores ligas nuestros brazos.
Los míos te ofrecí lleno de penas.
Me echaste tus guirnaldas más amenas:
secáronse las flores; vi los lazos,
y vi que eran cadenas.

Nos guías por la senda placentera
al templo del placer ciego y propicio;
yo te seguí, mas viendo el artificio,
el peligro y tropel de tu carrera,
vi que era un precipicio.

Con dulce copa al parecer sagrada
al hombre brindas de artificio lleno.
Bebí: quemose con su ardor mi seno,
con sed insana la dejé apurada,
y vi que era veneno.

Tu mar ofrece con fingida calma
bonanza sin escollo ni contagio:
yo me embarqué con tan falaz presagio,
vi cada rumbo que se ofrece al alma,
y vi que era un naufragio.

Al carro de tu madre, ingrata diosa,
vi que tiraban aves inocentes;
besáronlas mis labios imprudentes:
el pecho me rasgó la más hermosa,
y vi que eran serpientes.

Huye, amor, de mi pecho ya sereno,
tus alas mueve a climas diferentes,
lleva a los corazones imprudentes
cadenas, precipicios y veneno,
naufragios y serpientes.

A la fortuna

Fortuna, a quien el vulgo llama diosa

(y tanto tu inconstancia lo desmiente),
ni creas que tu ceño me amedrente
ni que por ver tu cara más gustosa
inmute yo mi frente.

Con ella levantada te he mirado,
despreciando tus males y tus bienes;
y cuando de triunfar del orbe vienes,
te venzo, y del laurel que tú has ganado
corono yo mis sienas.

Al espejo de Filis

Cristal, como eres liso, puro y llano,
no sabes lo que importa el fingimiento;
a Filis enseñando su hermosura,
igualaste lo altivo con lo bello.

Tan niña como amor era mi Filis
cuando te señaló por consejero,
contigo consultando los designios
de encadenar a todo el universo.

Si entonces tú sus fuerzas le ocultaras,
mil daños evitaras a este pecho,
primer cautivo que en el de ella tuvo
encanto y cárcel con dorados hierros.

Pero tú claramente le dijiste
que no igualaba el oro a sus cabellos,
y que en ellos tenía mil tesoros
para soborno del entendimiento;

que no había en el mundo tales dardos
como los rayos de sus ojos negros.
Entró en campaña, y con tan fuertes armas
miró y triunfó de todo el orbe entero.

De los ojos humildes y postrados
el lánguido bajar rendido y tierno,
para templar las iras de un amante
cuando conviene para sus intentos;

el levantar los ojos enojados

con aire majestuoso de desprecio,
para enfrenar de algún osado amante
en su pasión el atrevido afecto;

el inquieto volver con gozo o susto
los ojos por la tierra o por el cielo,
para encontrar, errantes por el aire,
los de un amante fácil y ligero;

el pararlos también a un solo punto,
para fijar los de un amante inquieto,
y las demás funciones de los ojos
tú la enseñaste, y todos padecemos.

Tu escuela la enseñó de las risitas
más o menos fingidas los misterios,
tapando con gracejo el abanico
los dientes, que en la risa ya se vieron;

el asomar las lágrimas, si acaso
han de causar algún terrible efecto,
y el retirarlas, cuando a la tristeza
conviniere mezclar algún tormento;

aquel llevar la mano a la cabeza,
tomando flor o cinta por pretexto,
y siendo el enseñar la hermosa mano
el solo fin de tan sutil manejo.

Todos estos sabidos artificios,
con muchos más que para mí reservo,
tú sólo enseñaste, mas no sabes
cómo se vale de la fuerza de ellos.

¡Ay!, no la digas más las perfecciones
que en su hermosura deposita el cielo,
o pide a las deidades que de bronce
pongan un corazón en este pecho.

Epitafios para poner sobre las sepulturas de varios amantes

I

De una mujer que murió de pura constancia

Sólo murió de constante
la que está bajo esta losa.
Acércate, caminante,
pues no murió tal amante
de enfermedad contagiosa.

II

Al mismo asunto

Tan al Fénix parecida
es la constante mujer,
que si no vuelve a nacer
de su tumba, está perdida
la fineza en el querer.

III

De un marido celoso

Este difunto era esposo
y los celos le mataron.
De ejemplar tan horroroso
los demás escarmentaron,
pues ya ninguno es celoso.

IV

De uno que murió porque no logró casarse con quien quería

El que está aquí sepultado
porque no logró casarse,
murió de pena acabado.
Otros mueren de acordarse
de que ya los han casado.

V

De un filósofo que murió desesperado porque la Filosofía no le libertaba del amor

Porque su Filosofía

contra el amor no bastó,
este sabio se murió.
Dijo una que esto leía:
«¡No soy filósofa yo!».

VI

De un amante tímido

Viajante, te has de parar
y mirar la sepultura
de uno que supo olvidar
que aquel que no se aventura
nunca pasará la mar.

VII

De una vieja que murió de amores

Una vieja ha fallecido
de amor, y aquí se enterró.
Considere el advertido:
si enamorada murió,
qué tal habría vivido.

Felicio, nuevo amante de Filis

¿Estás envanecido, oh nuevo amante,
de esa conquista que antes era mía,
pensando mantenerte eternamente?
Si discurre que tú la harás constante,
te engaña tu infelice fantasía,
como la mía me engañó, inocente.
Un rápido corriente,
el más veloz venado,
el mar más encrespado
es menos imposible que detengas,
que no que un solo punto te mantengas
en ese corazón que me ha dejado;
y es bien que te prevengas
a verte, cual me ves, abandonado.
Ni creas juramentos numerosos

por sus hermosos labios repetidos
y por sus bellos ojos confirmados.
En lances los más tiernos y amorosos
los recibieron estos mis oídos,
entre tan dulces voces encantados.
¡Ay!, fueron quebrantados
tan altos juramentos,
y de los elementos
ninguno me dejó de ser testigo.
Su falso pecho, pues fingió conmigo,
has de temer, aunque insensato seas;
que fingirá contigo,
por más que entre fortunas hoy te veas.

Versos para varias estampas que representan los principales amores de la fábula.

Jove introduciéndose en la torre de Dánae convertido en lluvia de oro

Una vez Jove intentó
una conquista imposible.
El oro la hizo factible.
Mil Joves conozco yo.

Boda de Venus con Vulcano, asistiendo Marte con los demás dioses al banquete

¡Venus alegre y mocita!
¡Vulcano viejo y celoso!
¡Marte amigo del esposo!
¡Ay qué boda tan bonita!

El juicio de Paris, que da la preferencia a Venus sobre Minerva y Juno

A Venus el premio diste,
y el buen gusto lo aprobó;
también te lo apruebo yo,
pues con las diosas que viste,
mi diosa no concurrió.

Eneas encuentra a su esposa Creusa en los Campos Elíseos, habiéndola perdido en la noche que salió de Troya

¿Cuando me hubiste perdido
los dioses no me vengaron?
Sí, que al punto pronunciaron:
«La mujer pierda al marido»;
y obedecidos quedaron.

Medea, después de haber facilitado a Jasón la conquista del vellocino por medio de sus encantos

Medea a Jasón decía:
«¿Habrás quien más diestra sea
en mágica hechicería?».
Y Jasón le respondía:
«Yo que te hechicé, Medea».

Sobre los varios méritos de las mujeres

Del precio de las mujeres
son varios los pareceres:
cada cual defiende el suyo.
Yo que de disputas huyo,
que nunca gustosas son,
a todos doy la razón,
y con todas me contento.
Oíd hasta el fin del cuento.

Unos gustan de que sea
su dama hija de la aldea,
de sencillo pecho y trato,
y que no les dé el mal rato
de artificiosos amores;
que se salga a coger flores
por el campo el mes de mayo,
con ligero y pobre sayo
que de sus abuelas fue...
y tienen razón, a fe.

Otros de más alto porte

quieren damas de la corte,
con majestad y nobleza
aun mayor que la belleza;
con adorno y compostura,
que dé brillo a su hermosura,
con fausto y ostentación...
Y a fe que tienen razón.

Unos gustan de sabidas
(que «leídas y escritas»
el vulgo suele llamar),
y que sepan conversar
del Estado, paz y guerra,
del aire, agua, fuego y tierra,
con la Gaceta y café...
Y tienen razón, a fe.

Otros son finos amantes
de las que son ignorantes,
y que entregaron su pecho
sin saber lo que se han hecho;
que lloran al preguntar:
«¿Qué cosa es enamorar?».
«¿Y dónde está el corazón?»...
Y a fe que tienen razón.

Unos aumentan su llama
cuando es juiciosa la
circunspecta, seria y grave,
y que la crítica sabe
del vos, del tú y del usté...
Y tienen razón, a fe.

Otros, al contrario, quieren
que las niñas que nacieren
nazcan vivas y joviales,
y se críen tan marciales,
que de dos o tres vaivenes
entreguen, sin más desdenes,
las llaves del corazón...
Y a fe que tienen razón.

De mi querida Lesbia
ha muerto el pajarito,
el que era de mi dueño
la delicia y cariño,
a quien ella quería
más que a sus ojos mismos.
Llórenle las bellezas,
llórenle cuantos hombres
primorosos ha habido;
porque era tan gracioso,
y con tan bello instinto
conocía a su dueño
como a su madre el niño.
Ya se estaba en su seno,
ya daba un vuelecito
al uno y otro lado,
volviendo al puesto mismo,
su lealtad y gozo
mostrando con su pico.
Ahora va el cuitado
por el triste camino
por donde nadie vuelve
después de haber partido.
¡Oh!, ¡mal haya, mal haya
vuestro rigor impío,
tinieblas destructoras,
crüeldad del abismo!,
que destruyendo al mundo,
también habéis sabido
arrebatar de Lesbia
el pájaro querido.
¡Oh malvados rigores!
¡Oh triste pajarillo!,
que causan a mi Lesbia
duro llanto continuo,
quitando a sus ojuelos
aquel hermoso brillo.

De los amores de varios poetas

Anacreóntica

Ovidio amó a Corina
como Tibulo a Delia,

a su Cintia Propercio
y Catulo a su Lesbia;
y a venideros siglos
dijeron sus ternezas.
También fueron amantes
los modernos poetas;
testigos son los nombres
que en las frescas riberas
del Támesis, del Tíber,
del Tajo y de la Sena
llevan alegres nombres
de felices bellezas
amadas por los hijos
del dios que en Delfos reina...
Y yo quiero a mi Filis;
y si ellos me superan
en la dulce armonía,
mi alma se consuela
porque Filis las vence
a todas en belleza,
y lo que por mí pierdo,
vengo a ganar por ella.

Retráctase el poeta de las injurias que dijo al amor en el mismo metro

Amor, yo te injurié, lleno de penas,
cuando Filis me hirió con sus rigores;
pero ha vuelto a mi pecho sus favores,
vuélveme a echar tus lazos o cadenas
hechas de suaves flores.

El precipicio que pintó mi pena
su peligro y tropel me ofrece en vano.
Filis me vuelve a amar. Dame tu mano
y llévame al placer; su senda amena
es prado fresco y llano.

El vaso que arrojé cuando, afligido,
su licor discurrí ser venenoso,
vuelve a embriagar mi pecho ya gozoso;
ya lo vuelvo a gustar, ¡ay dios Cupido!
Es néctar delicioso.

Los vientos que en tu mar turban las aguas,

y yo juzgué ser fieros septentriones,
ya veo son ligeras mutaciones
o soplos con que enciendes más tus fraguas
y nuestros corazones.

Las que llamó serpientes mi injusticia,
y llevan la deidad de la hermosura,
me han vuelto a deleitar con su blancura;
palomas son sin hiel y sin malicia,
y llenas de ternura.

Vengan, amor, tu lazo y tu firmeza;
llévame al templo, dame tu bebida.
Tu soplo aliente mi alma enternecida,
y pon de las palomas la ternura
en mi Filis querida.

Anacreóntica

Unos pasan, amigo,
estas noches de enero
junto al balcón de Cloris,
con lluvia, nieve y hielo.
Otros la pica al hombro,
sobre murallas puestos,
hambrientos y desnudos,
pero de gloria llenos.
Otros al campo raso,
las distancias midiendo
que hay de Venus a Marte,
que hay de Mercurio a Venus.
Otros en el recinto
del lúgubre aposento,
de Newton o Descartes
los libros revolviendo.
Otros contando ansiosos
sus mal habidos pesos,
atando y desatando
los antiguos talegos.
Pero acá lo pasamos
junto al rincón del fuego,
asando unas castañas,
ardiendo un tronco entero,
hablando de las viñas,

contando alegres cuentos,
bebiendo grandes copas,
comiendo buenos quesos.
Y a fe que de este modo
no nos importa un bledo
cuanto enloquece a muchos,
que serían muy cuerdos
si hicieran en la corte
lo que en la aldea hacemos.

Anacreóntica

Pues Baco me ha nombrado
virrey de dos provincias,
que de todo su imperio
son las que más estima;
pues ya siguen las leyes
que mis labios les dicta
de Jerez los majuelos,
de Málaga las viñas,
cobremos los tributos
de las uvas más ricas,
y mis alegres sienes
con pámpanos se ciñan;
y salgan en mi obsequio
las cubas más antiguas;
y que vengan bien llenas
y vuelvan bien vacías.
Canten mis alabanzas
al son de las botijas,
de jarros y toneles,
con sus voces festivas,
zagales y zagalas
de toda Andalucía,
y cuantos asistieron
a la última vendimia.
Digan «¡Viva el virrey!»
que Baco les envía;
y si acaso a su canto
faltasen las letrillas,
lo ya dicho cien veces
otras ciento repitan;
y toquen las botellas,
y suenen las botijas.

Y si logro dormirme
entre parras sombrías,
bebiendo y escuchando
tan dulce melodía,
¿qué me importa que mueran,
con pobreza o riqueza,
con susto o alegría,
cuantos otros virreyes
la fortuna destina,
los unos a la Europa,
los otros a las Indias?

Anacreóntica

Por no sé qué capricho,
Filis juró olvidarme.
Pasados pocos días
hizo otra vez las paces.
Pero fue tan gustoso
aquel feliz instante,
que le digo mil veces:
«Filis, vuelve a olvidarme,
con tal que a pocos días
vuelvas a hacer las paces».

Anacreóntica

Me admiran en Lucinda
aquellos ojos negros;
en Aminta los labios,
en Cloris el cabello,
la cintura de Silvia,
de Cintia el alto pecho,
la frente de Amarilis,
de Lisi el blanco cuello,
de Corina la danza
y de Nise el acento.
Pero en ti, Filis mía,
me encantan ojos, pelo,
labios, cintura, frente,
nevado cuello y pecho,
y todo cuanto escucho,

y todo cuanto veo.

Anacreóntica

Cuando vuelvo de lejos
hallo a Filis más linda
y cuando estoy presente
siento dejarla un día.
Venus, haz un portento
en esta Filis mía,
y es que me ausente de ella
sin perderla de vista.

Traducción de Horacio

Lejos, lejos de mí, vulgo profano.
Oídmme, gentes, metros nunca oídos
que como sacerdote de las musas
a las vírgenes canto y a los niños.
Los pueblos temen a sus sacros reyes,
y los reyes también tiemblan rendidos
ante el excelso trono del gran Jove,
a cuyo ceño el cielo y el abismo
se mueve obedeciendo, y cuya mano
aterró a los gigantes atrevidos.

*Carta escrita desde una aldea de Aragón a Ortelio, que había adivinado la melancolía
del poeta*

Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿cómo has acertado
la vida que llevo?
¿Qué estrella te dijo
(pues lees en los cielos)
la vida que paso,
cargada de tedio?
Desde que del hado,
connmigo severo,
la mano tirana

firmó mi decreto,
no he visto la cara
serena al consuelo.
El cielo se muestra
airado y tremendo,
las yerbas sus verdes
matices perdieron,
las aves no forman
sus dulces conciertos,
como acostumbraban,
de armoniosos metros.
Del sueño no grato
cuando me despierto,
sólo oigo la ronca
voz del negro cuervo,
murciélago triste,
gavilán siniestro,
o de otros iguales,
para mal agüero;
ni sueño gustoso
cosas de contento.
Sólo se aparecen
(si alguna vez duermo)
imágenes tristes
de horroroso aspecto.
Si salgo a los campos
a hablar con los ecos,
los ecos se espantan
de mi devaneo,
y nunca repiten
de tales lamentos
las sílabas duras,
con cuyo desprecio,
andando en el aire,
se las lleva el viento.
Ya de los ganados
olvido el gobierno;
se van mis ovejas
por donde no quiero;
ni sirve llamarlas,
porque con desprecio
al amo insensato
perdieron el miedo.
Tal vez a la orilla
de algún arroyuelo
a llorar mis cuitas

acudo indiscreto.
De verle tan libre
y verme tan preso
de verle cuál corre
por el campo fresco,
y ver cuál la suerte
me tiene sujeto,
me aparto más triste
y él se va más bello,
habiendo tomado
notable incremento
con el llanto mío.
(¡Oh!, quieran los cielos
que seas tú solo
quien saque provecho
de esta ausencia mía,
arroyo discreto.)
Si acaso mi flauta
entona algún metro,
resuenan tristezas
que arroja mi pecho.
Si de otros pastores
las danzas presencio,
advierdo mudanzas;
y como las temo,
del pecho, que sabes,
el baile aborrezco.
Si llego a la mesa,
es vano el intento
de probar manjares:
ninguno apetezco.
Los otros pastores,
que advierten mi tedio,
me ofrecen en vano
algún alimento.
Entonces, amigo,
comer plantas suelo,
o frutas del campo,
o leches o quesos;
porque son comidas
de poco aderezo,
y son naturales,
como mis afectos.
Del agua más pura
alguna vez bebo
de una clara fuente,

clara como el pecho
que a beber se inclina;
y en su puro espejo
de horrores me espanto
cuando considero
mi cara, ¡qué adusta!,
mis ojos, ¡qué muertos!,
mi boca, ¡qué triste!,
mis labios, ¡qué secos!
¡Y en tantas mudanzas
que padece el cuerpo,
mi espíritu el mismo,
y el mismo mi afecto
que cuando solía
mirarme sereno
(Ortelio, ¡deliro!)
en aquel espejo
tan limpio, tan puro,
tan claro, tan terso,
en que yo veía,
de placeres lleno,
alegres mis ojos,
mi rostro halagüeño,
mi boca chistosa,
mis labios parleros,
diciendo ternuras
y dulces requiebros
que oía gustoso
mi adorado dueño,
su vuelo tomaron
las alas del tiempo!
¡Cupido, las tuyas
no sigan tal vuelo!
Los días felices
se pasaron luego,
apenas sentidos,
cual soplo ligero
de céfiro suave
que convida al sueño.
Y los tristes días
que al presente veo
son nortes furiosos,
cuyo soplo adverso
arranca las peñas,
deshace los techos,
destruye los campos,

anuncia el invierno,
destruye el rebaño
de tristes corderos.
En vano acostumbro
con piadoso celo
al ara de Jove,
el padre supremo,
llevar la pregunta
de si este tormento
que así me aniquila
ha de ser eterno.
Más dudas suscita
su oráculo incierto,
hasta que en furores
se convierte el tedio;
y pido a los dioses
fulminen del cielo
centellas y rayos
de horroroso estruendo,
que negras cenizas
reduzcan mi pecho
(asunto bien fácil,
pues ya lo está haciendo,
de amor y venganza
unido el incendio).
Ya pido a la tierra,
más blanda que el cielo,
que abriendo sus bocas,
puertas del averno,
me trague y sepulte
en su horrendo seno.
Ya desesperado
de no hallar consuelo,
al mar yo me arrojo
con mortal intento;
sus olas, que huyen
de mi ardiente incendio,
me vuelven a echar
a la orilla luego,
sin siquiera darme
el corto consuelo
de que con sus aguas
se apague mi incendio.
Ya busco a las fieras,
de quienes deseo
ser víctima triste;

y quieren los cielos
se ablanden sus furias
y no mi tormento.
Ya suelen los dioses,
inmortales dueños
de los corazones,
templar mis desvelos
por pocos instantes,
y en ellos contemplo
la fuerza del hado,
que así lo ha dispuesto;
que el hombre no puede,
por débil y necio,
frustrar de los dioses
los altos decretos.
Entonces confuso
y de dudas lleno,
consuelo mis cuitas
diciendo a mi Ortelio:
«Pastor ingenioso,
Ortelio discreto,
¿cómo has acertado
la vida que llevo?
Escatro, el pastor
a quien tanto quiero,
te envía expresiones
dignas de su pecho.
Por Jove te juro
(y debes creerlo
porque yo lo digo,
aun sin juramento)
que tu amado nombre,
que el nombre de Ortelio,
que nombre tan caro
será mi consuelo,
mientras haya estrellas
en el firmamento,
flores en el campo,
frutas en los huertos,
llantos en mis ojos
y en mi alma duelos.
Adiós, ¡oh mi amigo!,
otra vez y ciento,
adiós te repite
mi corazón necio
en la despedida

de un amado objeto».

Mudanzas de la suerte

Es cosa natural
trocar el bien en mal;
y sucede también
trocar el mal en bien

Ejemplo primero

Con vengativa y poderosa mano
el padre y rey supremo
de hombre y dioses, Jove soberano,
tantos rayos vibró como hay estrellas
en su mansión divina;
y en uno y otro extremo
del orbe estremecido
cayeron las centellas.
Óyese el cruel ruido,
temiose la ruina,
y los hombres creyeron que reinaba
aquel cuyo furor les espantaba.

Los límites rompió del mar salado
el dios a quien fue dado
el imperio del mar y el gran tridente,
y donde templo y gente
y campo y monte había;
hasta aquel crudo y horroroso día
hicieron resonar con tristes sonos
sus retorcidas conchas los tritones.

¡Triste mortal!, creyeras,
si aquel estrago vieras,
que de peces la inmensa muchedumbre
de Guadarrama andara por la cumbre,
que apenas pasan las ligeras aves;
y aun más juzgaras que las grandes naves
(como la que tremola
la bandera española,
del nombre de Filipo guarnecida

y del inglés Matheus tan temida)
pasaran por las ásperas montañas
de nevada cabeza
con que naturaleza
la Europa separó de las Españas.

También soltó la rienda a su elemento
el que contiene uno y otro viento
en una cueva, cuya sacra puerta
solamente fue abierta
por complacer a la divina hermana
de Jove, que tirana
las naves del troyano perseguía;
y Vulcano, a quien poco parecía
forjar los rayos para el dios tonante,
cien vesubios produjo en un instante.
Y ardió la mar y el cielo, y aire y tierra,
y cuanto el orbe encierra,

¡Con qué terror los míseros mortales
temblaron y lloraron
el cúmulo de males
que juntos los cercaron!
¿Nada valió contra el peligro y susto
la ciencia al sabio, la virtud al justo?
¿Qué fin tuvo, decid, el día aciago,
oh musas que pintasteis este estrago?
Pasó la tempestad, calmose el día,
y se trocó el terror en alegría.

Ejemplo segundo

Por industria de sabios profesores
y trabajo de esclavos bien premiado,
está ya preparado,
con extraños primores,
el soberbio salón para las fiestas.
Con lujo están dispuestas
las mesas, con licores y manjares
traídos por los mares
de cuanta tierra yace diferente
desde el umbral del sol hasta occidente.

Los vasos de oro y los de bronce (tales,

que el arte es superior a los metales),
los de piedras preciosas,
y los adornos varios
(despojo bien ganado a los contrarios)
coronados de rosas
cubren las mesas, llenan las memorias
de batallas, trofeos y victorias.

La música de bélicos acentos
mezclados con süaves instrumentos,
que alternan de la corte y la campaña
los gustos y la saña,
o ya tierna o ya grave
aplaude el nombre invicto del que sabe,
guardando la memoria de la guerra,
gozar los bienes que la paz encierra;
junta con nuevo arte
tus gustos, Venus, tus venganzas, Marte.

¡Con qué bella arrogancia
aguardan ya las ninfas el momento
que ha de romper lo dulce de su acento,
por el aire ocupado con odores,
o ya de pomos de sutil fragancia,
o ya de suaves flores!
Unas a otras se miran,
se envidian y se admiran;
no porque envidia rigurosa sientan,
sino por el anhelo
con que todas intentan
levantar hasta el cielo
el nombre victorioso
del héroe que en un carro primoroso
(que fue de un grande príncipe vencido)
llega ya rodeado y conducido
de un séquito de nobles que a su lado
habían noblemente peleado.
En medio de una turba de doncellas
de tierna edad y de beldad cumplida,
que anuncian su venida,
llega Flora, mayor que todas ellas;
como en el fresco prado
de flores esmaltado
se distingue la rosa.

Él llega, y ella presurosa...

¿Pero qué es lo que admiro?
¿Si será realidad lo que yo miro?
Cuando creí que el gusto,
la pompa, la delicia, la hermosura,
los placeres, la música, la danza...
¡Qué poco el gozo dura!
¡Qué súbita mudanza!
¡Cómo se trueca en susto
lo que nos fue más grato!
¿Pues qué fin tuvo el célebre aparato?
El héroe quiso hablar, y de repente
le acometió, feroz, un accidente,
y se murió. Gimió toda la sala
y en luto se trocó toda la gala.

Sobre no querer escribir sátiras

Ciertos hombres adustos,
llenos de hipocondría,
que vinculan sus gustos
en desterrar del mundo la alegría,
como amantes por otros despreciados,
sabios empobrecidos,
poderosos caídos,
hijos malos o padres mal casados,
me dicen que dejando la ternura
con que mi musa sabe
cantar con tono suave
tus gustos, Baco, Venus, tu hermosura,
en vez de celebrar estos placeres,
hable mal de los hombres y mujeres;
sin reparar el labio enfurecido
de esta implacable gente
que a todo hombre viviente,
en cualquiera lugar que haya nacido,
sea iroqués o patagón gigante,
fiero hotentote o noruego frío,
o cercano o distante,
le miro siempre como hermano mío,
recibiendo en mi seno
al malo con piedad, con gusto al bueno.
Lejos de contentarme,
prosiguen con más fuerza en incitarme
a que deje los huertos y las flores,

pastoras y pastores,
viñas, arroyos, prados,
ecos enamorados,
la selva, el valle, la espesura, el monte,
y que no inste al dulce Anacreonte,
al triste Ovidio, al blando Garcilaso,
a Catulo amoroso, a Lope fino,
ni a Moratín divino,
que entre éstos tiene asiento en el Parnaso;
sino que la tranquila musa mía
de paloma que fue, se vuelva harpía;
que los vicios pondere con fiereza,
que haga gemir a la naturaleza
bajo los golpes de mi ingrata mano.
Con esto todos a cual más ufano
me refieren los vicios de los hombres
con horrorosos nombres,
como astucia, rencores, inconstancia,
bajeza, tiranía,
codicia y arrogancia,
traición, ingratitud e hipocresía.
Pero así como tiemblan sorprendidos
los villanos de un pueblo, acostumbrados
a su quietud, cuando la vez primera
penetra sus oídos
la música guerrera,
cuando llegan soldados
de rostros fieros y de extraños trajes,
con estrépito horrendo
de hombres y caballos y equipajes,
y se dividen con igual estruendo
por la pequeña plaza en cortos trozos;
y los viejos refieren a los mozos
que aquellos hombres matan a la gente
y se comen los niños fieramente;
y cada madre esconde y encomienda
a su dios tutelar la dulce prenda
del matrimonio santo;
pues así yo, con no menor espanto,
oí los nombres y ponderaciones
de vicios y pasiones
de que tal vez privados no se hallaban
los mismos que en los otros los tachaban.
Y vi que el solo digno de censura
es el que ponderarlos más procura
sin otro fin que el ostentar ingenio

en la mordacidad, ira y rencores;
y así vuelvo a cantar, según mi genio,
tus viñas, Baco; Venus, tus amores.

Letrilla

¿Pero a mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Llora el joven heredero
del padre anciano la muerte,
porque no dejó más fuerte
el talegón del dinero;
pero mira placentero
la comitiva llorosa
que al cuerpo cantando está:
¿Pero a mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Aquel que en el coche ves
mirar a todos con ceño,
dé gracias a un extremeño
que hubo por nombre Cortés;
que si no, bien al revés
su persona fastidiosa
iría de lo que va:
¿Pero a mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Dícele la hermosa al viejo:
«Llega, dulce prenda mía;
¡qué dichosa me creería
si tú fueras mi cortejo!».
Y él, a pesar del espejo,
a la niña mentirosa
casi creyéndola está:
¿Pero a mí qué se me da?
Maldita de Dios la cosa.

Canción de un patriota retirado a su aldea

Para defensa suya
produce nuestra España

los caballos del Betis
y el fierro de Cantabria,
y sangre antigua goda,
que ansiosa se derrama
si su patria lo pide
y si su rey lo manda;
y para su regalo
la fruta delicada,
pescados de sus costas,
que entrambos mares baña,
y tesoros de Baco
en Málaga y Peralta,
en Jerez y Tudela,
y en la vecina Mancha.
Pues ea, amigos míos,
mientras quieren las altas
deidades protectoras
de la feliz España
darnos la paz tranquila
que gozan las labranzas,
las viñas y los huertos,
los rebaños y casas,
vivamos, y gocemos
cuanto con mano franca
nos da naturaleza,
en los otros avara.
Venid, venid alegres,
zagales y zagalas,
con castañuelas, triples,
panderos y guitarras;
llegaos a mi choza,
humilde pero grata,
donde faltan adornos
pero gustos no faltan.
De este lado los chicos,
y de éste las muchachas,
y aquí junto a mi puerta
los ancianos y ancianas
lloren de gozo viendo
a sus proles amadas.
Cantad alegres sonos,
bailad alegres danzas,
mientras que se disponen
las rústicas viandas
y del vino más rico
veinte botas se sacan;

jamones de Galicia,
cecina de Vizcaya,
olivas de Sevilla,
y de Aragón manzanas.
Cantad antiguas letras,
sin justicia olvidadas,
como a vuestras abuelas
las suyas las cantaban.
Decid cómo Rodrigo,
el último monarca,
pero el más infelice
de la goda prosapia,
se perdió por amores
de la malvada Cava,
y a manos de africanos
dejó perdida España,
quedando en cautiverio
sus provincias cuitadas.
Decid cómo Pelayo
salió de las montañas
con la gente que tuvo,
que era poca y honrada.
Cantad de Don Alfonso,
a quien el Casto llaman,
y que negó el tributo
de niñas desgraciadas
que al malvado rey moro
los cristianos pagaban.
Decid cómo ellas mismas,
con varonil jactancia,
al lado de los hombres
esgrimían las armas,
y cómo todas ellas
a los hombres llamaban
cobardes, cuando huían,
amantes, si triunfaban.
Y así por varios trozos
los fastos de la patria
decid con voz acorde,
al son de vuestra danza.
Que yo también quisiera,
si no me lo estorbaran
lo flaco de mi cuerpo,
los años y las canas,
juntar con vuestros tonos
la voz de mi garganta.

Pero en medio de todos,
en esta silla blanda
que fue de mis abuelos
y a mis biznietos pasa,
oiré vuestras canciones
y veré vuestras danzas;
y al que excediere a todos
en la voz más gallarda,
en baile más airoso,
sin ser de envidia causa,
daré el debido precio,
y al cielo justas gracias
porque sobre vosotros
tales dones derrama.
Bailad, cantad contentos,
si dura la paz santa.
Y si Marte os turbare
con su horrorosa saña,
sonando sus trompetas
y tocando sus cajas,
dejad esos placeres
y acudid a la armas;
que para su defensa
produce nuestra España
los caballos del Betis,
el hierro de Vizcaya
y sangre antigua goda
que alegre se derrama,
si su patria lo pide
y si su rey lo manda.

Anacreónica

Los que no saben, Baco,
lo que abarca tu reino,
juzgan que no pasastes
los altos Pirineos,
y piensan que en España
no tienen grandes templos
donde acudan gustosos
los nobles y plebeyos.
Como en otros países,
tu nombre es grato en estos,
sólo que con más brindis

se hace menos estruendo.
Las horas que en su curso
consume el dios de Delfos,
con una sola copa
gasta el bello flamenco,
como el francés sociable
y el alemán guerrero;
pero los españoles
de otro modo lo hacemos,
y como es taciturno
y grave nuestro genio,
bebemos y callamos,
callamos y bebemos;
y algunos, que desechan
usos de antiguos tiempos,
cantan tu nombre y beben
condenando el silencio.
Y tú viste a mi Filis
(sus primorosos dedos
sosteniendo la copa)
cantar tu nombre en versos
que tal vez yo compuse
por ti y por ella a un tiempo.
Por cierto que en sus ojos
brillaban dobles fuegos:
con los tuyos, oh Baco,
los de la bella Venus.
Y yo, que de uno y otro
tenía el pecho ardiendo,
repetía las copas,
doblaba los requiebros.
Pues qué ¿yo no cantaba?
Qué ¿no cantaba Ortelio,
ausente de su Lisi,
por no aclarados celos?
Pues qué ¿no repetía
los báquicos acentos
la sala del banquete
con sus nocturnos ecos?
Publica, pues, al mundo,
que tienes ara y templos
desde el Pirene altivo
hasta el hercúleo estrecho,
mientras que yo publico
tu gloria al universo
con jerezanas cubas

y castellanos versos.

Anacreónica

Vivamos, dulce amigo,
mirando con desprecio
los aparentes gustos
de los ricos soberbios;
dejemos que se miren
con recíproco miedo,
y con mutuas traiciones
doren crudos venenos;
que abunden en sus casas
la pompa y el recreo,
mientras abundan sustos
y fraudes en su pecho;
que el vínculo reciban
de un violento Himeneo,
que privará a su alma
de amores verdaderos.
Tengan endeble hijos,
a quienes hacen necios
lisonjas de criados,
inciensos de vil pueblo;
y mueran engañados,
gozoso el heredero,
que quiere, más ansioso,
quitarles hasta el tiempo.
Diga después el mármol
a siglos venideros
lisonjas que no creen
los del presente tiempo.
Y esta serie precisa
a los sabios dejemos,
para que ufanos luzcan
sus disgustos severos,
mientras humildes gustos,
y por tanto más ciertos,
de nuestra corta vida
ocupan los momentos;
y la amistad sagrada
hermane nuestros pechos,
como hermanan las musas
nuestros gustos y versos

en sencillos banquetes
que sazona el afecto.
Pase, sin ser sentido,
el carro del dios Febo,
y prosigan los gozos,
las risas y el festejo,
hasta que vuelva Apolo
segundo giro al cielo,
guiándonos Cupido
a gozos más amenos
con Filis y Dorisa,
que ocupan nuestros pechos.
Y sin cuidarnos mucho
de que lejanos nietos
transmitan a los siglos
los apellidos nuestros,
contando nuestras obras,
gozosos moriremos,
cubriendo nuestras tumbas
los buenos compañeros
con pámpanos de Baco
y con mirtos de Venus;
y en los vecinos troncos
grabarán un letrero
que diga lisamente
cosas que merecemos,
versos que compusimos
y que aplaudieron ellos.
Zagales y zagalas
de los vecinos pueblos
vendrán a nuestra tumba
con flautas y panderos;
no con lúgubres voces
resonarán los ecos,
sino con dulces tonos
y con alegres metros.
Porque sabrán, sin duda,
los que nos conocieron,
que nunca nos llenaron
ambiciosos deseos;
que no fuimos traidores,
avaros ni perversos.
Esto cantará a todos
el respetable Ortelio,
de Venus y de Baco
sacerdote completo;

y con su barba cana
y con su grave aspecto,
beberá grandes copas,
dirá sabrosos versos,
captándose de todos
el amor y el respeto,
cual entre alegres faunos
y sátiros traviesos,
Sileno fue querido
(aquel viejo Sileno
que fue del mismo Baco
admirado maestro).
Y después que consuman
los que al templo vinieron
la leche blanca y fría,
el vino tinto y viejo,
se volverán cantando,
así como vinieron,
hasta que doce meses
pasados, vuelva al puesto,
con igual comitiva
y con igual afecto,
Ortelio, y que repita
a ninfas y mancebos:
«Cantad, que de Dalmiro
y Moratín los cuerpos
en esta tumba yacen.
Detente, pasajero,
que aquí yacen los hijos
del süave Anacreon».

Renunciando al amor y a la poesía lírica con motivo de la muerte de Filis

Soneto

Mientras vivió la dulce prenda mía,
amor, sonoros versos me inspiraste;
obedecí la ley que me dictaste,
y sus fuerzas me dio la poesía.

Mas, ¡ay!, que desde aquel aciago día
que me privó del bien que tú admiraste,
al punto sin imperio en mí te hallaste,

y hallé falta de ardor a mi Talía.

Pues no borra su ley la Parca dura
(a quien el mismo Jove no resiste),
olvido el Pindo y dejo la hermosura.

Y tú también de tu ambición desiste,
y junto a Filis tenga sepultura
tu flecha inútil y mi lira triste.

A la muerte de Filis

Anacreóntica

En lúgubres cipreses
he visto convertidos
los pámpanos de Baco
y de Venus los mirtos;
cual ronca voz del cuervo,
hiere mi triste oído
el siempre dulce tono
del tierno jilguerillo;
ni murmura el arroyo
con delicioso trino:
resuena cual peñasco
con olas combatido.
En vez de los corderos
de los montes vecinos,
rebaños de leones
bajar con furia he visto.
Del sol y de la luna
los carros fugitivos
esparcen negras sombras
mientras dura su giro.
Las pastoriles flautas
que tañen mis amigos
resuenan como truenos
del que reina en Olimpo.
Pues Baco, Venus, aves,
arroyos, pastorcillos,
sol, luna, todos juntos
miradme compasivos;
y a la ninfa que amaba
al infeliz Narciso

mandad que diga al orbe
la pena de Dalmiro.

Anacreónica

Después de haber bebido
anoche (como suelo),
dormido en tiernas parras
tuve un gustoso sueño.
Soñé que el gran dios Baco,
por dilatar su imperio,
al Parnaso quería
ganar a sangre y fuego.
Cierta queja alegaba
de que Virgilio, Homero,
Tasso, Milton y Ercilla
no le ofrecen sus versos,
del todo dedicados
a poemas guerreros
de elevados asuntos
y de pomposos metros.
Juntó de sus bacantes
muchos trozos soberbios
que esgrimirán sus tirsos
al son de sus panderos,
y llenas de aquel jugo
que en Málaga han dispuesto
las manos de las ninfas
de aquel bello terreno,
ya daban fieros gritos
y amenazas al eco,
y con forzudas danzas
disponían los cuerpos.
Rodeado de faunos
vino el viejo Sileno,
para más animarlos
con su rostro y su acento;
dijo del dios del vino
los animosos hechos,
cuando triunfó del Indo
con sus armas y estruendo.
Y a cada verso suyo
ardía un nuevo fuego
la tropa, deseosa

de algún nuevo trofeo.
Del mismo dios el carro
llegó al campo, ligero;
tiraban de él dos tigres
feroces y sangrientos.
A la falda del monte
con furia acometieron,
pero salió al camino
el anciano Anacreon,
y, mirándole, Baco
detuvo a sus guerreros,
y les dijo: «Por éste
a todos perdonemos».
Y en alabanza suya
cantó coplas el viejo,
y todos le abrazaron,
y cantando se fueron.

A la primavera, después de la muerte de Filis

Soneto

No basta que en su cueva se encadene
el uno y otro proceloso viento,
ni que Neptuno mande a su elemento
con el tridente azul que se serene;

ni que Amaltea el fértil campo llene
de fruta y flor; ni que con nuevo aliento
al eco den las aves dulce acento,
ni que el arroyo desatado suene.

En vano anuncias, verde primavera,
tu vuelta de los hombres deseada,
triunfante del invierno triste y frío.

Muerta Filis, el orbe nada espera
sino niebla espantosa, noche helada,
sombras y sustos como el pecho mío.

Lamentos con motivo de la muerte de Filis

Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

Glosa

¡Oh!, musa (si acaso
la hay tan infeliz,
que esté destinada
para presidir
el llanto y gemido),
venid, influid
el tono más triste
que se pueda oír:
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

Desde estos mis brazos
en que yo la vi
en días alegres
mirarme y reír,
la muerte alevosa,
con sorpresa vil,
cortó de su vida
el hilo sutil.
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

Los labios, muriendo,
procuraba abrir
para despedirse,
sin duda, de mí;
pero se secaron
sin poder servir,
cual rosa que muere
pasado su abril.
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

Lo que no pudieron
sus labios decir,
quisieron sus ojos
volviéndose a mí,
pero en aquel punto
cerrarse los vi,
y yo sólo pude,

turbado, decir:
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

De su fino pecho
el blanco marfil
en pálida cera
convertirse vi,
y en tristes colores
aquel carmesí
que de otras bellezas
envidiado vi.
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

Decidme, deidades
tiranas, decid:
¿Sin la que fue mi alma
cómo he de vivir?
La molesta vida
que me consentís
después de su muerte,
gastaré en decir:
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

Si vuestros rigores
podéis convertir
en lágrimas justas,
mis quejas oíd;
y cual otro Eneas,
que baje sufrid
con la sacra rama
al campo feliz.
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!

De mi amada prenda
la sombra sutil
podré con mis brazos...
¡Mas necio de mí!
Su sombra quería
con el brazo asir,
cual si fuera cuerpo.
¡Ay qué frenesí!
Mi Filis ha muerto

¡Ay triste de mí!

Cerbero, Aqueronte,
las Furias en mí
no pondrán asombros;
mi voz infeliz
ablandará a todos
si me oyen decir:
Mi Filis ha muerto
¡Ay triste de mí!